

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 29 DE OCTUBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El hermano definidor

HASTA hace poco, en el eterno problema de las relaciones entre la América inglesa y la América latina, la iniciativa, y hasta el derecho de iniciar, parecían monopolio de los Estados Unidos. Nuestro papel era, políticamente, pasivo—, por lo menos después de Bolívar— a través del periódico y del libro discutíamos mucho—y discutimos todavía—, «el peligro norteamericano»; a veces, los escritores proponían caminos eficaces de acción internacional, los juristas promulgaban principios, pero en el momento de obrar, con raras excepciones, los países latinos se cruzaban los brazos ante los Estados Unidos. Las naciones que comenzaban a tener gran significación internacional—como el Brasil, la Argentina, Chile—, se limitaban egoístamente a defender sus intereses políticos inmediatos. Así en 1897, ningún gobierno prestó oídos a la proposición de Hostos, residente entonces en Chile, de que las tres potencias meridionales declarasen la independencia de Cuba en su lucha contra España: con esta intervención tal vez se habría disminuido la excesiva y exclusiva tutela que los Estados Unidos asumieron sobre la isla.

Ahora, desde hace pocos años, y a medida que aumentan las actividades de los Estados Unidos en nuestra América, la actitud pasiva y expectante comienza a desaparecer. Hay todavía naciones enfermas de «inmovilismo», como dos o tres de Centro América: las hay que incautamente o por absurdo egoísmo, aceptan la ingerencia—, inocente al parecer, y por ahora—, del gobierno de Washington. Pero, desde luego, las naciones meridionales, especialmente la Argentina, se dan cuenta ya de que la distancia no les evita peligros: a lo sumo, los aplaza, y ahora que el capitalismo norteamericano ha descubierto que cabe en lo posible dominar desde Wall Street a cualquier nación, si se la halla desprevenida, sin necesidad de manifestaciones de fuerza armada, quizás no hay ni siquiera aplazamiento. Entre las naciones pequeñas, Santo Domingo

ha demostrado una capacidad de propaganda internacional, a tal punto superior a sus recursos económicos, que ha dejado sorprendidos a sus invasores. Y, sobre todo, México está asumiendo, desde la Revolución, el papel del que en las comunidades religiosas se llamaba «hermano definidor». México está indicando a los pueblos de su estirpe, que hemos de confiar en nosotros y sólo en nosotros; que si nuestro poder material es escaso por ahora, y no bastaría para oponerse al ataque de los extraños, la fe en nuestro porvenir, la conciencia de que tenemos personalidad original que desarrollar y defender, nos dará fuerza para resistir, no solamente a la presión política del Norte, sino a la presión diaria, incesante, del ejemplo y del éxito; sabremos oponernos a la conquista moral que sobre nosotros pretende ejercer una civilización incompleta e imperfecta, y que, si se realizara, nos tornaría pasivos ante la conquista militar.

En los Estados Unidos, el Partido Republicano, hecho a vivir de tradi-

ciones—, en realidad de rutinas—, cuenta todavía con el «inmovilismo» de las naciones latinas: el reciente discurso de Hughes, sobre la Doctrina Monroe lo demuestra. Y si no bastaran los comentarios de la prensa latino-americana para revelar que las proclamaciones de «pan-americanismo» no se reciben ya con el ingenuo candor de antes, el mensaje del Presidente de México al Congreso el día 19 de septiembre, lo probaría. Hay dos afirmaciones en el mensaje, que son signos de los tiempos nuevos: una, la reanudación de relaciones entre los Estados Unidos y México se realizó sin el tratado previo que la nación septentrional exigía; y otra, en la Conferencia de Santiago se abrieron paso las tendencias de los pueblos hispánicos, hasta el punto de modificar una institución hasta ahora dominada por los Estados Unidos: la Unión Pan Americana de Washington. En las asambleas de la Quinta Conferencia Pan-Americana dominó una sombra, como en escenas famosas de Shakespeare: la sombra del «hermano definidor», el espíritu de México.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

(El Mundo, México, D. F.)

Un grave ejemplo

[Léase este reciente editorial de *El Tiempo* de Bogotá. Hay en él declaraciones que debieran meditar mucho los dirigentes del pueblo costarricense, éste ahora en vísperas de elecciones para renovar los poderes, y con el ánimo desencatado].

TREMENDOS golpes han sufrido en los últimos tiempos, en diversos puntos del globo, las instituciones democráticas que—a costa de cuánta sangre y cuántos dolores—se forjaron en el curso del siglo XIX. Ninguno de ellos, sin embargo, tiene para nosotros el hondo significado del cuartelazo con que en España se puso fin al régimen constitucional.

Legítimos descendientes de los peninsulares, nuestras costumbres políticas se desarrollan, en escena más reducida, en una parábola idéntica a

a la que en la Madre Patria ha culminado con el entronizamiento de la casta militar. Culminación sin duda a la que seguirá el descenso a un abismo sin fondo.

Se dirá que entre nosotros la tradición cívica tiene la más fuerte raigambre, y que el último de los golpes de cuartel se registró aquí el 31 de julio de 1900; se dirá que nuestra idiosincrasia rechaza las dictaduras; se hablará de nuestro amor entrañable a la libertad. Todo eso es verdad. En España también el último pronuncia-